

Andrés Pérez ha muerto ¡Viva el teatro!

Que quede claro. Este es un homenaje a Andrés Pérez Araya. Simple y directo. Para alabar sus virtudes como hombre de teatro, y para destacar su aporte artístico y humano al esqueleto osteopático de Chile.

En este homenaje se intentará explicar por qué el Teatro Providencia, el lugar donde su atadid hizo una parada de un día antes de partir al cementerio de Villa Alemana, se transformó del jueves 3 al viernes 4 de enero en un territorio de alegría y tristeza desenfrenada.

De velorio y de fiesta.

Con niños, jóvenes y viejos de ojos enrojecidos por el llanto. Con cantos, risas, guitarras, poesía y cuencos solas de cuatro mujeres a la vez que bailaron con Andrés Pérez, girando alrededor del cuerpo que descansaba tendido en el interior de un cajón que parecía vibrar.

Con el pabellón, también solitario, flotando al viento.

Los artistas estaban de duelo. Eso es cierto. Lo curioso radica en que la mayoría de la gente que copaba las plateas baja y alta del Teatro Providencia eran simples ciudadanos, sin relación con el teatro, la TV o el show.

Algo influyó para que Andrés Pérez y su trabajo artístico provocaran esa gigantesca ola de empatía y pena que todavía palpita, pese a que su cuerpo ya fue sepultado en Villa Alemana.

La admiración y el dolor que desbordó la sala no se explica sólo por ser Andrés el director de "La Negra Ester" ni por haber creado y realizado un estilo teatral nuevo. La inteligencia y creatividad de sus obras son indomables, pero no bastan para explicar el masivo desborde emocional que se produjo en el Teatro Providencia.

Lo que allí ocurrió excedió lo escénico.

En realidad, fue la despedida del pueblo anónimo a un artista del pueblo, al también anónimo hijo de un herrero - un obrero, aunque haya vestido uniforme de la Marina. Un hombre nacido en Punta Arenas que vivió su adolescencia en Tocopilla y que, con el tiempo, llegó a ser un artista de una sola palabra, conocido y prestigiado.

IMPACTO Y SINTONIA

Andrés Pérez encanta e impacta con sus obras, y logra una sintonía fina con el público. Eso se debe, en parte, a su sólida intuición artística, y a la cretina insistencia de pertenecer al sector más pobre, marginal y desprotegido de la sociedad.

Lo que hizo en sus montajes fue identificarse con lo que conocía, con lo que era. Cuando trabajó sobre el escenario textos ajenos ("La Negra Ester", de Roberto Parra) o propios ("La Huida"), partió por acoger el entorno que el autor proponía para sus personajes. Allí siempre dejó un amplio

espacio para el acontecer social, político y humano.

Lo chileno y originario está presente desde sus comienzos de actor. En su debut profesional interpretó al rebelde Lautaro, en la obra del mismo nombre escrita por Isidora Aguirre. Ados después, en los 90, retomó las raíces latinoamericanas e indígenas como director del "Popol Vuh".

Antes, mientras pagaba sus estudios universitarios con los recursos que ganaba como bailarín del Bim Bam Bam, en 1982, en plena dictadura militar, optó por el denunciante teatro callejero, pese a sufrir la constante represión policial de aquellos tiempos.

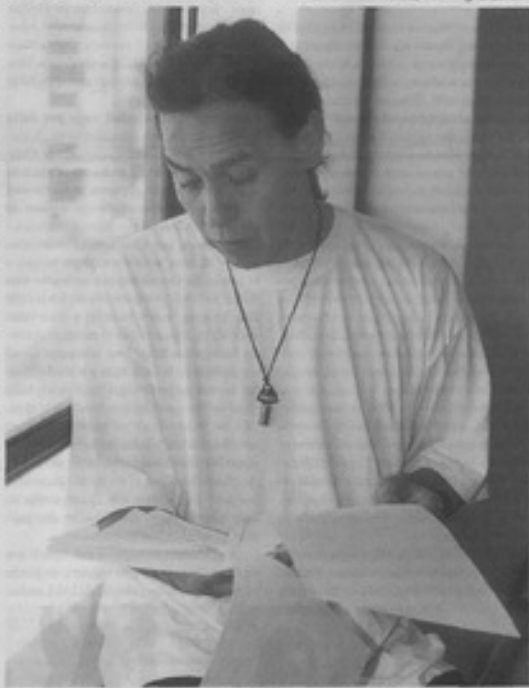
El destino o la casualidad hizo que una de esas dinámicas actuaciones fuera vista

Ariane Mouchkine, en el cual permaneció los siguientes seis años.

Esa etapa fue fundamental para el director chileno, porque en la actividad de esta compañía francesa de vanguardia encontró respuestas a numerosas inquietudes que tenía.

La fundamental fue concebir el teatro como un instrumento útil para conectarse e intervenir en las discusiones político-sociales del acontecer diario, en directa relación con la forma en que las personas viven en las ciudades. Y la calle se le ratificaba como el espacio sin fronteras para intervenir con decisión.

De regreso a Chile, nuevamente el azar puso en sus manos otro desafío: la obra más reciente de Roberto Parra, "La Negra Ester".



endurecidos que, paradójicamente, son cruzados por la profunda humanidad de sus personajes, lo que en parte dulcifica el entorno.

En esa humanidad destacan lo ingenio de los personajes, sean borrachos, marineros, mendigos, obreros, policías, hombres o mujeres, gente vieja o joven. Todos son protagonistas de crónicas de la vida diaria. Una mayoría con procedencia social a medio camino entre lo urbano y lo campesino.

A eso se agrega el recurso de una gestualidad que fue evolucionando, que no es la del mimo y que se anticipa a la palabra, proyectando y reforzando el deseo y la intención, exteriorizando el mundo interno del personaje.

Relevante en sus obras es el uso de espacios teatrales no convencionales como la plaza del Cerro Santa Lucía, galpones, carpas, bodegas y otros lugares al aire libre. Son ambientes que, además de prestarse para que fluya el canal escénico, garantizan una nueva relación entre el público y la obra.

Andrés Pérez no recurre a estos mecanismos para exhibir atrocidades y desastres, sino para ayudar a que la emoción accoral más pura se manifieste con la mayor fuerza posible. Y, sobre todo, para que brille sobre el escenario el pueblo real, entendido en su concepto más amplio: esa masa de gente anónima que tiene en común costumbres, modos de vida, luchas, esperanzas, traumas y virtudes; y que se relaciona entre sí en medio de sistemas de poder y dominación social que a menudo colisionan. A través de sus historias los personajes critican los abusos y las injusticias, como sucede en su versión de "La Pírgola de las Flores", de Isidora Aguirre. Un punto de atracción de esta obra es la lucha de un grupo de mujeres por la defensa de sus lugares de trabajo.

En las obras que dirigió Andrés Pérez, el vino y la marginalidad se asoman sin que la persona pierda su dignidad, más bien como sustrato de la idiosincrasia chilena, melancólica y perdedora.

LA NEGRA, POPOL VUH Y OTROS

La mítica obra de Roberto Parra marcó, desde su fundación, un nivel inalcanzable del Gran Circo Teatro. De carácter autobiográfico, la prostituta del buel "Lucas del Puerto" encabeza una lista de personajes de marcado perfil localista y chileno que, sin embargo, fueron comprendidos y apreciados por el público extranjero.

El carácter universal de "La Negra Ester", a través del montaje de Andrés Pérez, es el logro esencial de la obra de Roberto Parra. Mientras éste puso la historia y un modo de relatarla a la usanza oral, en decimas recitadas, Pérez la llevó al teatro, le dio una estructura escénica y un desarrollo dramático.

Las obras de Pérez nos generaron en momentos escénicos y se movieron al compás del realismo y el naturalismo, materialidad para que se complementa con una visión mágica de la vida, trautocada, alocada, esberrante. En este organizado caos que se llena de música, con momentos de timidez y ternura, están las claves para que suban al escenario el ser humano y toda la humanidad.

L.P.I.

Andrés Pérez ha muerto ¡Viva el teatro! [artículo] L.P.I.

Libros y documentos

AUTORÍA

L.P.I.

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Andrés Pérez ha muerto ¡Viva el teatro! [artículo] L.P.I. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile